



## LA FIESTA DE FAMILIA <sup>1</sup>

---

*Pater noster... panem  
nostrum da nobis hodie.*

«Padre nuestro... el pan  
nuestro de cada día danos-  
le hoy.»

(MATTH., VI, 9.)

**T**ENEMOS un Padre en los cielos, y á Él se dirige esta oración. Pero Nuestro Señor Jesucristo nos ha engendrado á la gracia, á la vida sobrenatural, y merecido por esto el título de Padre. El Padre celestial habita en la gloria, Jesús habita en esta iglesia; es nuestro Padre en la tierra, y quiere cumplir todos los deberes de un buen padre para con sus hijos.

### I

Un padre vive con su familia: es el centro y eje de la misma; todos los miembros están bajo su guar-

---

<sup>1</sup> El discurso del que damos aquí un resumen, fué predicado ante los huérfanos al inaugurarse los cultos de las Cuarenta Horas.



da y obran por su impulso. Es el jefe, la cabeza; tiene la autoridad primera, aun sobre la madre, á quien se ha reservado especialmente la parte de la ternura. Ahora bien; Jesucristo, nuestro Padre, tiene su casa, que es la Iglesia. Vosotros sois su familia, su familia predilecta, privilegiada. En una familia hay hijos que trabajan fuera, otros que lo hacen con su padre, ante su vista: vosotros sois estos hijos bienaventurados. ¡Ah! sin Jesucristo, que es vuestro Padre, esta casa tan piadosa, que representa tan bien una familia, no sería más que una reunión de prisioneros ó de obreros encorvados bajo el peso de un trabajo ingrato. No habria ese centro, ese foco de afectos y de cariño, que es el Tabernáculo de esta capilla. ¡Ah! pensad muchas veces, durante vuestro trabajo, en este buen Padre, siempre presente en medio de vosotros, que os protege y os mira con ojos de bondad; pues la bondad es la gran cualidad de este Padre divino. No sabe oponerse á nada; siempre os recibe con amabilidad y dulzura; vosotros tendréis siempre, siempre á este buen Padre. Vuestros padres han muerto, no dejándoos en la vida sino penas y lágrimas: Jesús no muere, Él no os abandonará jamás.

Sabed que sois seres muy estimables, pues que habéis recibido el bautismo y sois hijos de la Iglesia; y á pesar de eso ya veis el caso que de vosotros hace el mundo. ¿Sabe él siquiera que existis? ¿Se ocupa en vuestras necesidades? Mas Jesucristo, Nuestro Señor, ha dado á personas que se habian consagrado á Él el pensamiento de reunirlos en esta casa. Él ha venido á plantar su tienda en medio de vosotros, á fin de que le veáis siempre, amándoos Él tanto más, cuanto más débiles y desvalidos sois. Vosotros oís

su palabra, no una palabra que hiere los oídos, sino aquella palabra que toca el corazón y le proporciona paz y alegría. ¡Ah! si vosotros tenéis fe en estas cosas, si comprendéis vuestra dicha, guardadla, aun á costa de todos los sacrificios; porque aquí tenéis para vosotros y entre vosotros á Jesucristo, á quien nada puede reemplazar.

## II

Un padre de familia alimenta á sus hijos; trabaja sin descanso, gasta su vida para proporcionarles el pan de cada día. Mas Jesucristo os alimenta con el pan de vida. Él murió para proporcionarnos este buen pan: este pan es Él mismo, su Carne y Sangre adorables. ¡Un padre que se da á sí mismo á sus hijos! ¿En qué familia hase visto un prodigio semejante de abnegación? ¡Ah! Nuestro Señor Jesucristo no quiere que sus hijos reciban su pan de otro que de Él mismo; no, no, ni los ángeles, ni los santos os separarian el pan que vosotros necesitáis; sólo Jesús ha sembrado el trigo con que ha sido amasado; lo ha hecho pasar por el fuego de los sufrimientos, y Él mismo os lo ofrece. ¡Ved cuán amable es este buen Padre! La víspera de su muerte tenía una pequeña familia: las primicias, el comienzo de la gran familia que ahora tiene; dió en la Cena á cada uno de sus hijos este Pan celestial, y les promete que, hasta el fin del mundo, todos sus hijos podrán comer de este Pan. ¡Qué Pan tan delicioso! Posee todas las delicias: es el mismo Dios, ese Dios que es Pan de los huérfanos. No nutre el cuerpo, es verdad, pero llena el alma de gracias y de amor; vigoriza nuestro espíritu



y le da fuerzas para rechazar á sus enemigos, hacer obras buenas y crecer para el cielo.

¡Y con qué benevolencia nos lo da! El pan del cuerpo, hay que trabajar mucho para ganarlo, hay que pagarlo. Mas éste no puede pagarse, supera á todo precio. Jesús, Nuestro Señor, lo da gratuitamente; tan sólo exige que tengamos un corazón puro, que su gracia nos vivifique. Preparaos, pues, á recibirle con frecuencia; para esto sed puros; cuanto más puros seáis, más frecuentemente se os dará este Pan, y mayores delicias hallaréis en él.

Venid á comer este delicioso Pan; Jesús goza de que vengáis á pedirselo, como goza un buen padre de saber que tiene asegurado el pan de sus hijos.

### III

En fin, un buen padre debe de vez en cuando celebrar algunas fiestas, conceder algunos esparcimientos y recreaciones á su familia: esto estrecha los lazos de confianza y de cariño; en esos días se ven, se tratan y se comunican con más intimidad todos sus miembros. ¡Cuán santas y hermosas son esas fiestas de familia, en que los hijos se reúnen gozosos en derredor de su padre, y qué útiles suelen ser! Los hijos se disponen para ellas con mucho tiempo de anticipación; preparan su humilde felicitación, proporcionando á su padre alguna sorpresa, un regalito ó siquiera un hermoso ramo de flores.

También Nuestro Señor tiene sus fiestas de familia. Estas son desde luego las fiestas de la Iglesia, días en que vosotros no trabajáis. Las hay todavía más íntimas, para vosotros solos; tal es la que hoy empieza, y que durará tres días. Las Cuarenta Ho-

ras son la verdadera fiesta de los corazones. ¿No veis cómo todo aquí es hermoso, cómo todo canta y se conmueve alrededor del buen Padre de familia sentado sobre su trono de amor? También vosotros habéis preparado sin duda vuestra felicitación, vuestro obsequio, y no os ocupáis en otra cosa que en rodear á vuestro buen Padre. Toda esa bellísima iluminación, esas hermosas flores, son el fruto de vuestro trabajo, el don de vuestros corazones. Por cierto Jesús está allí satisfecho, feliz, con las manos abiertas y llenas de gracias para vosotros.

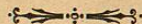
Es, pues, necesario que en estos días todos vuestros pensamientos y todas vuestras acciones sean para Él.

Y cuando os llegue el turno de hacer vuestra adoración, he aquí el momento de la felicitación. Que salga ésta de vuestro corazón, no vayáis á pedirla á los extraños. Habladle como sepáis: Él os contestará. ¡Ah! escuchad bien lo que os dirá al corazón.

Ofrecedle algunos buenos deseos, como vuestro ramo de flores escogidas. Practicad luego algún acto de virtud, y presentadle como regalo algún pequeño sacrificio.

Todo esto es cierto. Estas son las relaciones que debéis tener con Jesucristo Nuestro Señor... ¿No formáis vosotros su familia?

Pasad bien estos días de fiesta. Jesucristo es todo de vosotros. Miradle, escuchadle con atención. El os colmará de sus gracias durante vuestra vida, y os reunirá un día á la gran familia de los bienaventurados en el cielo.







## EL DIOS DE BONDAD

---

*Quam bonus Israel Deus!*

« ¡ Qué bueno es el Dios  
de Israel ! »

(PSALM. LXXII, 1.)

**D**AL era el grito del pueblo judío, de David, al recordar los beneficios con que Dios le había distinguido siempre.

¿Cuál será el grito de los cristianos? ¿No tenemos nosotros muchas más razones para exclamar: *Quam bonus Israel Deus!* ¡Qué bueno es el Dios de Israel?

Los judíos habían recibido de Dios bastante menos que nosotros. Nosotros hemos recibido los bienes del cielo, la Redención, la gracia, la Eucaristía; el don que nos ha hecho Dios es Jesús mismo, es la Eucaristía.

Pero los caracteres de la bondad de Dios para con nosotros en el don de la Eucaristía, le recomiendan aún más á nuestra gratitud; dar es ya algo sin duda; pero el dar bien, esto es el todo.



## I

Jesucristo se da á nosotros en la Eucaristía sin aparato ninguno de dignidad. En el mundo se hace sentir más ó menos quién es el que da, y el valor de lo que se da; por lo demás, esto es necesario para el respeto y honor de las relaciones sociales.

Mas Jesucristo no quiere ni aun esto, á fin de presentarse más amable, más á nuestro alcance; su Cuerpo, sin embargo, es glorioso como el cielo; Él reina, y los ángeles le hacen la corte; Él oculta su gloria, sustrae á nuestra vista su cuerpo, alma y divinidad: nada aparece sino el velo de su bondad.

Se rebaja, humilla y anonada para que no le temamos.

Ya en los días de su vida mortal era tan dulce en su trato, tan humilde en su porte, que todo el mundo se atrevía á acercársele; los niños, las mujeres, los pobres, los leprosos; todos acudían á Él sin temor.

Ahora que su Cuerpo es glorioso, no podría presentarse á nosotros sin deslumbrarnos; por esto se cubre con un velo. Así es que nadie tiene miedo de venir á la iglesia, la cual está abierta para todos; y todos saben que al ir á ella se va á casa de un buen Padre, quien nos espera para hacernos algún bien y conversar familiarmente con nosotros. *Quam bonus Israel Deus!* ¡Qué bueno es el Dios de Israel!

## II

Jesús se da á nosotros sin reserva; espera que vayamos á recibirle, con una paciencia y longanimidad admirables; se da á todos sin exceptuar á nadie.

Espera al pobre, al pecador; el pobre va á recibir, por la madrugada y antes de dirigirse al trabajo, una santa bendición para aquel día. El maná caía en el campo de los israelitas antes del amanecer, para que no se hiciese esperar el celestial alimento.

Nuestro Señor Jesucristo hállase siempre sobre el altar; adelántase aun al primer visitante. ¡Feliz aquel que recibe la primera bendición del Salvador! En cuanto á los pecadores, Jesús Sacramentado los espera durante semanas, meses y aun años enteros; por espacio de cuarenta, sesenta ó más años, tiene abiertos sus brazos hacia aquel que se rendirá por fin á sus instancias.

*Venite ad me omnes:* Venid, pues, todos á mí. ¡Ah! ¡Si se pudiese comprender la alegría del Señor cuando se va hacia Él! Diríase que está interesado en ello, que es Él quien gana.

¡Oh! ¿Deberemos hacer esperar tanto tiempo á este buen Salvador? Habrá algunos ¡ay! que no irán jamás á Él, ó solamente cuando sean llevados en hombros de otros; pero entonces será ya demasiado tarde; entonces no encontrarán en Él sino un juez irritado.

## III

Jesús da sin ostentación; sus dones son invisibles; préstase atención á estos dones, olvidándose de aquel que los dispensa; Él oculta sus manos para que no se piense sino en su corazón, en su amor.

Al dar así, nos enseña á dar secretamente, y á ocultarnos cuando hagamos algún beneficio, para que la acción de gracias se eleve á Dios, que es el autor de todo bien.

La bondad de Jesús desciende hasta la gratitud;



sí, se excita su reconocimiento y regocijo por aquello que se le da. ¡Pudiera decirse que tiene necesidad de ello; nos pide, nos suplica! ¡Hijo mío, yo te lo pido... dame tu corazón!

## IV

Su bondad en la Eucaristía llega hasta la debilidad. ¡Oh! no nos escandalicemos aquí: éste es el triunfo de la bondad eucarística.

Ved á una madre cuya ternura no reconoce más límites que la muerte.

Ved al padre del hijo pródigo, que corre al encuentro de su hijo, que llora de alegría al ver nuevamente á este ingrato, á este malversador de su fortuna. En el mundo se llama esto debilidad: esto es el heroísmo del amor.

¿Qué decir ahora de la bondad del Dios de la Eucaristía?

¡Ah Señor! Es menester proclamar los extremos de vuestra bondad.

¡Jesús se rodea de debilidad en el Santísimo Sacramento; déjase insultar, deshonrar, despreciar, proñanar, á sus ojos, en su presencia, al pie de sus mismos altares! ¿Y el ángel no hiera á estos nuevos Heliodoros, á estos Judas? Nada de eso.

¿Y el Padre celestial permite que se insulte á su Hijo bien amado?

Esto es peor que lo que ocurrió en el Calvario. Allí al menos el sol se eclipsa de horror, los elementos lloran la muerte del Señor del universo: aquí nada.

Ese Calvario de la Eucaristía se levanta en todas partes; partió del Cenáculo y cubre la tierra, y aquí estará hasta el último momento del mundo.

¡Oh Dios! ¿Por qué este exceso?

Es el combate de la bondad contra la ingratitud. Es que Jesús quiere tener más amor que odio pueda tener el hombre: es que quiere amar al hombre aun á pesar suyo y contra su voluntad; hacerle bien aunque lo rehuse. A todo se resigna antes que vengarse, quiere abrumar al hombre con su bondad.

Esta es la bondad de Jesús, sin gloria, sin esplendor, llena de debilidad, pero resplandeciente de amor para los que quieren ver.

*Quam bonus Israel Deus!* ¡Señor mío Jesucristo, Dios de la Eucaristía, qué bueno sois!







## EL DIOS DE LOS PEQUEÑOS

---

*Ego mendicus sum et pauper.*

«Yo soy pobre y mendigo.»

(PSALM. XXXIX, 18.)

### I

**J**ESÚS ha querido ser el último de los pobres, á fin de poder tender la mano al más pequeño y poder decirle: Soy tu hermano.

Durante su vida, el cielo pudo admirar á un Dios hecho pobre por amor del hombre, para ser su modelo y enseñarle el valor de la pobreza.

No hay, en efecto, pobre que haya nacido tan miserable como el Verbo encarnado, teniendo por cuna la paja de los animales y por morada el establo de los ganados.

Al crecer en edad, comió el pan de cebada, pan del pobre, y, durante su vida evangélica, vivía de limosna.

En fin, murió en tal desnudez, que jamás será igualada.

Y he aquí que, aun ahora, glorioso y resucitado,



hace de la pobreza su compañera inseparable; Él ha encontrado medio de honrar, de practicar la pobreza; y Jesús, habitando en medio de nosotros, en su Sacramento, es aún más pobre que en los días de su vida mortal. Una pobre iglesia, peor tal vez que la gruta de Belén, ésta es con mucha frecuencia su casa. Cuatro tablas, bastantes veces carcomidas, tal es su Tabernáculo; preciso es que sus ministros ó sus fieles se lo den todo de limosna: la materia del sacrificio, el pan y vino; el lienzo que ha de recibirle ó cubrirle, los corporales, las toallas del altar: del cielo no trae más que su adorable Persona y su amor.

Los pobres viven sin honor: Jesús está allí sin gloria.

Los pobres están indefensos: Jesús está allí abandonado á todos sus enemigos.

Los pobres no tienen amigos: Jesús-Eucaristía los tiene muy contados: para la mayor parte de los hombres es un extranjero, un desconocido.

¡Hermosa es y amable ciertamente esta pobreza eucarística de Jesucristo!

## II

El Señor nos pide que honremos en nosotros su pobreza, que le imitemos.

Distaríamos mucho de la perfección y de la verdad, si creyésemos que lo que nos pide es la pobreza temporal.

Jesús dirigió más alto la puntería: nos quiere pobres de espíritu.

¿En qué consiste esta pobreza de espíritu?

Es el amor perfecto, es el alma de la verdadera humildad.

Un hombre pobre de espíritu, convencido de que nada tiene y nada puede por sí mismo, hace de esta misma pobreza el título más eficaz y precioso que le recomienda al Corazón de Jesús. Cuanto más pobre sea, mejores serán los derechos que posea á la bondad y misericordia divinas.

Y notemos bien que cuanto uno se hace más pobre, tanto más se coloca en su centro natural, puesto que nada somos.

Y, por consiguiente, honra tanto más á Dios, su Criador, cuanto que le supone más grande y misericordioso.

Por esto dice el Señor por uno de sus Profetas: ¿Sobre quién fijaré yo mis miradas de amor, sino sobre el más pequeño de los pobres, y sobre aquel que tiene destrozado el corazón?

He aquí donde Dios encuentra su gloria, es decir, en nuestra pobreza, que lo atribuye todo á Él, rindiéndole completo homenaje.

¡Ah! Dios ama tanto á los pobres de espíritu, que despoja de todo á sus servidores para hacerles triunfar en virtud de su misma pobreza.

Paraliza sus inteligencias, seca sus corazones, les arrebató la dulzura de la gracia y de la paz; los entrega á los vendavales de las pasiones, á los furros de los demonios; oculta el sol á sus ojos, los aleja de todo auxilio: El mismo se aparta en cierto modo de su criatura desolada. ¡Qué estado tan doloroso!, dirán algunos.

No, ¡qué estado tan sublime! ¡El pobre triunfará del mismo Dios! Cuanto más le despoje Dios, con tanta mayor efusión le dará gracias, considerando su pobreza como un gran bien; cuanto más Dios le pruebe, tanto más pondrá su confianza en su inagotable



bondad; y cuando el demonio le muestre el infierno y le diga que sus pecados le acusan y condenan, qué grande aparecerá este pobre de espíritu, diciendo á Dios: Sí, el infierno es para mí una justicia; el infierno no es todavía bastante terrible, suficientemente vengador para los pecados que mi malicia ha cometido, ¡oh mi Criador y mi Padre! Yo merezco millones de infiernos, y por esto espero en vuestra infinita misericordia; ¡digno soy, soy el más digno de esta misericordia, por lo mismo que soy el más miserable! Haced caer sobre mí ¡oh Dios mío! los rigores de vuestra justicia en este mundo; gracias, gracias por haberme proporcionado ocasión de pagar mis deudas. ¡Aún más, Señor, más merezco todavía!

¿Qué puede contestar Dios á este pobre agradecido?

Dios se confesará vencido por él, su paternal bondad le acariciará, le abrazará, le abrirá todos sus tesoros; lo presentará con admiración á los ángeles, y les dirá: He aquí al hombre que me ha glorificado verdaderamente.

### III

Acostumbrémonos á hacer la adoración y la Comunión como el mendigo que pide una limosna por Dios; en ello encontraremos la fácil aplicación de los cuatro fines del sacrificio:

1.º ¿Qué hace el pobre cuando va á pedir limosna á un rico de buenos sentimientos? Por de pronto le saluda con respeto y semblante alegre, olvidando que es miserable, que anda sucio y andrajoso, para no pensar sino en la bondad del rico.

Haced lo mismo frente á Nuestro Señor Sacramentado; olvidad vuestra miseria, para no pensar más que en su bondad. Adoradle con confianza y humildad.

2.º El pobre elogia luego la bondad del rico: «¡Sois muy bueno, todo el mundo lo dice. Ya otras veces habéis sido bueno para mí!» Y entra á detallar los beneficios recibidos.

Pues asimismo alabad y agradeced la bondad divina para con vosotros, y vuestro corazón encontrará expresiones y lágrimas de gratitud muy dulces y elocuentes.

3.º Pasa luego el pobre á exponer sus miserias: «Vuelvo á vuestra puerta con mis miserias, mayores que anteriormente. ¡A nadie tengo más que á vos! Sé que vuestra bondad no se cansará, que ella es mayor que mi pobreza; sé también que os proporciono un placer al daros ocasión de hacer una obra buena.»

Así también sepamos nosotros exponer nuestras miserias ante Jesús en la Eucaristía, interesando su Corazón por el bien que puede hacer, y le procuremos una gran satisfacción, porque su amor no se manifiesta sino por las efusiones de su bondad.

Cuando el pobre ha recibido mucho más de lo que pedia, llora de enternecimiento. Por de pronto no piensa en mirar lo que se le da, y no ve otra cosa que el agrado, la buena acogida de su bienhechor, repitiendo siempre esta misma palabra. «¡Ah, qué bueno sois! ¡Bien lo sabía yo!»

Pero si el rico hace entrar al pobre, le invita á su mesa, se sienta á su lado, entonces, ¡ah! ¡el pobre no se atreve á comer, tal es su confusión, emocionado por tanta bondad!



¿No es, pues, así como nos trata Jesucristo?  
Que nuestra miseria nos haga comprender mejor  
su bondad.

4.º En fin, el pobre abandona á su bienhechor,  
diciéndole: «¡Ay, si pudiera hacer alguna cosa por  
vos! Por lo menos yo pediré por toda vuestra fami-  
lia.» Y se marcha gozoso pidiendo por su bienhechor  
y deseándole toda suerte de bendiciones.

Hagamos, pues, lo mismo. Pidamos por la familia  
de Nuestro Señor Jesucristo. Bendigamos su bondad.  
Publiquemos por todas partes su gloria, y ofrezcá-  
mosle el homenaje de nuestro corazón y de nuestra  
vida...



## LA EUCARISTÍA CENTRO DEL CORAZON

*Manete in me.*

«Permaneced en mí.»

(JOANN., XV, 4.)

### I

**E**l corazón del hombre necesita un centro  
de afecto y expansión. Al crear al primer  
hombre, dijo Dios: «No es bueno que el  
hombre esté solo: hagámosle una compañera seme-  
jante á él.»

Y la *Imitación de Cristo* dice también: «Sin un  
amigo no podrías vivir dichoso.»

Pues bien, Nuestro Señor Jesucristo, en el Santí-  
simo Sacramento, quiere ser el centro de todos los  
corazones, y nos dice: *Permaneced en mi amor.*  
*Permaneced en mí.*

¿Qué cosa es permanecer en el amor de Nuestro  
Señor? Consiste esto en que hagamos de este amor  
que vive en la Eucaristía, nuestro centro de vida, el  
manantial único de nuestros consuelos; consiste en  
entregarse al Corazón bondadoso de Jesús en las pen-  
nas, en los disgustos, en las decepciones, en esos  
momentos en que el corazón parece rendirse víctima